

dio hasta la más despiadada «sorpresa en familia», nos van descubriendo a una espléndida, exuberante, fresca, tierna, sensual Marilyn, capaz de turbar aún al lector más relamido. La capacidad de entusiasmo que la actriz (y no hay ningún pudor en calificarla así, ya que, por el contrario, fue, a pesar de la opinión de tíros y timoratos, una sensible e inteligente intérprete), su capacidad de realizar el acto más cotidiano con el ardor de lo excepcional está recogido en estas fotografías con la suficiente fuerza como para contagiar al lector, que, aún en el recuerdo, podrá

sin duda levantar su moral ante esta contemplación. ■ **DIEGO GALAN.**

**La agricultura española en la obra de Carrión**

Ha aparecido en los escaparates de nuestras librerías una obra de un autor que acaba de cumplir ochenta y tres años. Nos estamos refiriendo a don Pascual Carrión y a su libro *Estudios sobre la agricultura española (1919-1971)* (1).

(1) Edición a cargo de José Luis García Delgado. Ediciones de la «Revista de Trabajo». Madrid, 1974. 480 páginas.

Se inicia esta obra con un *Estudio Preliminar* de José Luis García Delgado en torno a la vida y la obra de Carrión. En 56 densas páginas se realiza un completo análisis sobre el «mayor de nuestros agrónomos vivos» (2). En él se nos descubren muchos aspectos poco conocidos de la persona y, sobre todo, de la actuación de Carrión a lo largo de su dilatada vida. Este análisis se completa con una «Relación

(2) Cfr. J. Velarde, prólogo de *La reforma agraria de la Segunda República y la situación actual de la agricultura española*, de Pascual Carrión. Ediciones Ariel. Barcelona, 1973. Página 28.

de obras» de Carrión en la que se recogen prácticamente todos sus escritos publicados entre 1913 y 1973 sobre los más diversos temas (3). A continuación se incluye una selección de trabajos del autor agrupados en torno a cuatro temas básicos que reflejan los principales aspectos de la amplia problemática del campo español durante el presente siglo.

El primero de estos temas se centra en lo que tradicionalmente se ha denominado «el problema agrario andaluz»;

(3) No se han incluido los artículos publicados en «La Semana Vitivinícola» debido a su gran número y a su carácter divulgador.

es decir, la concentración de la propiedad en manos de unos pocos propietarios, con todas las consecuencias que en el plano económico, social y político ha conllevado históricamente este fenómeno. De entre los textos aquí recogidos alrededor de esta cuestión, destacan principalmente dos de ellos: el informe que los ingenieros agrónomos del Servicio Catastral de Sevilla presentan a Ossorio y Gallardo, entonces ministro de Fomento, y una larga serie de nueve importantes artículos publicados en el diario «El Sol» en 1919, junto a otros que, sobre este mismo tema, escriben personas tan caracterizadas como Alvarez del Vayo, Ortega y Gasset, Bernaldo de Quirós, Infante, Barthe, etcétera.

Un segundo grupo de artículos tiene como eje central la reforma agraria de la II República. No es necesario recordar el importante papel desempeñado por Carrión en las primeras etapas de la misma. Pues bien, sobre esta cuestión se recoge, en primer lugar, el texto de varias conferencias que el autor pronuncia en el Ateneo de Madrid dentro de una amplia campaña de defensa del proyecto de ley. En ellas, Carrión pone de relieve la necesidad imperiosa que existe, por razones económicas y sociales, de realizar la reforma agraria como única solución a la injusta distribución de la propiedad. También se incluyen dos trabajos en los que se advierte una «sutil amargura» de Carrión al reflexionar, desde el momento actual, sobre el fracaso de la reforma agraria: son, por una parte, una recensión del libro de Mafakis (4) y, por otra, una larga entrevista pu-

blicada en esta misma revista (número 466, 8 de mayo de 1971).

Una parcela más concreta de nuestra agricultura —la viticultura— es la que abordan varios textos que se recogen en el capítulo tercero. En ellos se analiza la situación de este sector en tres momentos distintos de su evolución: a principios de los años veinte, aunque atraviesa por una fase de aguda crisis, a finales de la década de los cincuenta y, por último, en 1970, con ocasión de la aprobación del Estatuto del vino.

Finalmente, en un cuarto capítulo se recogen dos trabajos que plantean dos aspectos importantes en relación con la extensión de los seguros a la agricultura: las Mutualidades Agrícolas de Accidentes de Trabajo en los primeros años de la II República y el Mutualismo para la cobertura de riesgos agropecuarios. ■ **JOSE MIGUEL FERNANDEZ.**

**Antonio Machado y Alvarez, el primer flamencólogo**

No existía una editorial dedicada a la publicación de estudios sobre cuestiones andaluzas, con preferencia por el arte flamenco y con una orientación antropológica y social. Acaba de nacer; su nombre es Ediciones Demófilo, y su primer libro editado (al que seguirán dos volúmenes de conversaciones con Pepe el de la Matrona y con Pericón de Cádiz) ha sido la *Colectión de Cantes Flamencos*, que en 1881 y en Sevilla publicara Antonio Machado y Alvarez, el padre de los poetas Manuel y Antonio. Machado y Alvarez firmó la mayor parte de sus mejores textos con el seudónimo Demófilo.



**LOS QUE SE VAN**

**P. G. WODEHOUSE**

En los primeros años de la posguerra española, el país fue invadido, y no es posible explicar bien por qué —quizá simplemente por el gusto de un editor dominante— por una ola de literatura inglesa, con alguna otra mezcla —Lajos Zilahy, Stefan Zweig—, que componía un panorama entre culto y popular: quizá el autor más representativo de aquellos tiempos de traducción —y la necesidad de traducir del extranjero para cubrir el vacío de una literatura esquilada pudiese ser otra de las razones— fue William Somerset Maugham. En la cresta de aquella ola vino a España P. G. Wodehouse: sus novelas fueron enormemente difundidas, sobre todo aquella compuesta a base del jovenzuelo aristocrático Bertie Wooster y su eficaz mayordomo Jeeves, y una horda de «tías», esas tías solteronas que impregnan con su perfume rancio y sus costumbres victorianas toda la literatura inglesa (incluyendo al reciente Graham Greene: «Travels with my aunt»). El mundo de

Wodehouse era absolutamente incomparable con la sordida España de la posguerra. Probablemente también lo era con su propia Inglaterra: George Orwell reprochaba seriamente a Wodehouse crear una imagen del aristócrata mucho más amable, mucho menos cruel de lo que era en realidad. Wodehouse hacia una caricatura de la caricatura de la vida inglesa.

El mismo no creyó nunca que fue un escritor político, ni siquiera cuando lo fue realmente. Esto es, cuando en el Berlín nazi hablaba por radio para una cadena americana, la Columbia, cuya rama berlinesa estaba dominada por los hitlerianos. Estas charlas le hicieron ser considerado como traidor a su patria. Wodehouse no se explicó nunca por qué, ni comprendió tampoco por qué podían perdonarle y rehabilitarle públicamente, como lo hizo Eden en el Parlamento en 1944. El que no perdonó fue él. Prometió entonces no volver jamás a pisar el suelo británico, y lo cumplió: aún ahora, poco antes de su muerte, cuando fue nombrado por la Reina caballero —Sir—, decidió no ir a Londres a recibir su diploma. Había elegido ser ciudadano de los Estados Unidos y lo ha sido hasta el fin. Es curioso que el otro caballero ennoblecido por la Reina al mismo tiempo, Charlie Chaplin, hubiese elegido precisamente el camino contrario: salió de los Estados Unidos acusado de comunista, y decidió no volver nunca más, y no ha vuelto.

El mundo de Wodehouse es absolutamente improbable. No ha existido ni existió nunca. Sus metáforas literarias son retorcidas. Sin embargo, de todo ello se ha desprendido un enorme sentido del humor, de un humor de explosión controlada. Sus muchísimas novelas —más de cien— se han vendido en todo el mundo: hubo un tiempo en el que cobraba de derechos de autor más de cien mil libras esterlinas al año, en una época en la que esa cantidad podía traducirse por más de diecisiete millones de pesetas.

Ese humor, esa comicidad, traspasaron bien las fronteras. Aunque jamás se propusiera tal cosa, Wodehouse consiguió poner sonrisas, y aun carcajadas, en el mundo espectral y difícil de la España de posguerra. Se le puede agradecer de alguna manera. ■ **POZUELO.**

(4) *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*. Ediciones Ariel. Barcelona, 1970. 523 páginas.